

KORIMBA.COM

MARCELO DI MARCO

EL CASO DEL JACUZZI ROJO Y EL ARCÓN DE LOS RECUERDOS

Desde el roof de su penthouse de Puerto Madero —loft de 250 m2 / irónica vista al Puente de la Mujer—, con una taza de café en una mano y el iPhone 7 que se trajo de Monterrey en la otra, él revisaba sus notificaciones de Facebook. Y estaba por dejar de lado tantas boludeces sin sentido, para entrar a elegir alguna comedia livianita en Netflix, cuando su pulgar dio con una imagen muy impactante. Bueno, muy impactante para él, que desde la semana pasada andaba bastante evocativo. Y la imagen, al verla detenidamente y al leer los disortográficos textos que la acompañaban, le trajo una infinidad de recuerdos de hacía casi quince años; de la época en que había empezado a levantar cabeza. Y sobre todo los recuerdos se le dispararon porque la imagen en cuestión llevaba el siguiente epígrafe:

esto te hara recordar a algun ser querido

quien la usó?

El arcón de los recuerdos. Así se llamaba el sitio que alguien, entre la multitud de pelotudos ociosos, había compartido. En cuanto a la imagen, bien hiperrealista, era inequívoca, contundente: unos dedos en pinza insertaban en una maquinita de afeitar una clásica Gillette Blue Blade. Catorce likes tenía hasta el momento, además de nueve comentarios; entre ellos:

Mi querido Nono Marco

M padre la usaba

Todavia se vende

Mi papá!!

mí querido Padre Estés donde estés t llevo n mi corazon Amén

Y entonces él sonrió, tuvo una inspiración súbita.

Dejó la taza de café sobre la mesa de arrimo —el sol que moría en la ciudad puso un brillo rojo en la cerámica blanca— y creó un perfil con el nombre Kamilo Kanegato. Y redactó su comentario:

Mi mujer, dueña de un laboratorio que le había dejado su ex, la usó una vez sola. Fue su última decisión. Era absurdamente rica (más rica que Menem y Angeloz juntos,

pongamos por caso), pero se decidió a usarla cuando ya no pudo soportar las mil y una humillaciones e infidelidades a que yo la venía sometiendo durante tres años enteros para inducirla a hacer lo que finalmente hizo. El único consuelo que tenía la pobre era el de masturbarse apasionadamente en el jacuzzi, al borde del cual yo siempre le dejaba como al descuido la Gillette. Y pensar que podría haber sido el autor de cuentos y novelas policiales que siempre quise ser, si aquella me hubiese alentado. Si tácitamente no me hubiese convencido de que era preferible esperar, paciente y al acecho y soñando con mi actual vida de heredero cagado en guita, su última decisión.

Revisó el texto, le agregó una letra t a “Gillette”, y dio ENTER.

Se divertía con el aluvión de comentarios y emoticones que iban entrando: invariablemente caritas de culo y acusaciones de ser un tipo de mal gusto, un enfermo, un pene, un machista. Y hasta hubo un “fumado biolento de género”.

Repasó su post, y se dijo que tan mal escrito no estaba. Eso sí: no era para nada imaginativo.